88

LA ROSAURA
DEL GUANTE
Sucesos amorosos de los inseparables amantes Rosaura y Narvaez

SEGUNDA PARTE

Ya dije en la primera parte
noble y discreto auditorio,
el peligro en que me vide;
y aunque salí de él airoso,
me hallaba confuso y triste,
imaginativo, absorto
en Córdoba y sin saber
de Rosaura, y de este modo
adquirí alguna noticia.
Sagaz, astuto y mañoso,
solicité la amistad
muy estrecha con un mozo

de la casa de Rosaura,
y éste me refirió como
á Madrid se la llevaron.
Aquí quedé pesaroso
por saber de que su padre
la prometió afectuoso
en Madrid á un caballero;
á buscarla me dispongo,
y tomando de mi casa
doscientos pesos en oro,
y disponiendo el viaje
pronto en camino me pongo.
Salgo de Córdoba, y entro
en aquel espeso toldo
de la gran Sierra–Morena,
aquel pirámide bronco,
aquella torre de ramas,
aquel vergel tan frondoso
de árboles, flores y plantas;
busco á Rosaura entre troncos;
loco y sin sentido digo:
montes, valles, sierras, mónstruos,
aves que volais, decidme
con vuestros picos sonoros;
¿pasó por aquí Rosaura?
no me la negueis piadosos.
No hallando á mi mal consuelo,
breve las jornadas corro:
entré en Madrid una tarde;
aquí quedé más absorto,
por hallar en este sitio
gentío más numeroso,
porque buscar á Rosaura
en sitio tan populoso
era buscar una aguja
en ese intrincado golfo.
En fin pasé á una posada,
tomo cuarto y me acomodo:
dí principio á mis intentos,
examinándolo todo.

Los balcones de palacio
registro muy cuidadoso,
pues como Rosaura era
encanto tan prodigioso,
me pareció que en palacio
depositarla era poco.
En Madrid pasé tres meses
de este referido modo
sin saber en qué paraje
existe la que yo adoro.
En fin pasé á despedirme
del lucero prodigioso,
de Atocha sagrada Reina,
Madre de Dios poderoso;
entré en su templo una tarde
y á su sagrado me acojo,
diciendo: Sacra Princesa,
Madre de los hombres todos
si conviene que Rosaura
sea mi esposa, en vos pongo
hoy todas mis esperanzas,
pues que soy vuestro devoto.
Esta petición la hice,
y salgo de allí lloroso,
en ocasión que pasaban
dos coches y cuidadoso
miro por las vidrieras
y en el uno reconozco
y veo como es Rosaura;
aquí me quedé gustoso,
parecióme que soñaba.
Sigo el coche presuroso,
y en breve tiempo llegaron
á un palacio suntuoso,
donde bajando del coche
adentro se entraron todos.
Confuso quedé en la calle,
y preguntándole á un mozo
que se entraba con las mulas
dígame usted, pues lo ignoro

¿es de Córdoba esa dama
que entró dentro? Dijo pronto
verdad es lo que usted dice,
es de Córdoba, y ha poco,
que vino acá esa señora,
mi señor es tío propio
suyo y la tiene tratada
de casar con un famoso
caballero, aquí en Madrid.
Vertiendo llanto mis ojos
fuí á mi cuarto; discurriendo
arbitrios, trazas y modos,
para que sepa Rosaura
que estoy en Madrid: dispongo
lo mejor, que fué comprar
cuatro cintillos de oro
muy ricos y un cofrecillo
pequeñito y muy curioso.
Metí dentro los cintillos,
y el guante que en el arroyo
perdió Rosaura, y la cinta
que ella me entregó á mi propio
cuando la encontré en el Monte:
y resolviéndome á todo,
en el nombre de su padre
la escribí de aqueste modo:
«Hija Rosaura, permitan
»los cielos tan poderosos,
»el que estas letras te hallen
»como deseo yo propio;
»en casa, para servirte,
»quedamos todos gustosos.
»Te envío cuatro cintillos
»muy ricos de fino oro,
»y la cinta que me diste,
»que te guardara yo propio,
»bien te acordarás Rosaura
»del guante que en el arroyo
»perdiste, también te envío,
»y todo lo lleva un mozo.»

No dije más y con esto
cierro la carta y le pongo
la llave á mi cofrecillo:
tomé la calle y ansioso
llegué al postigo y tocando,
al instante bajó un mozo
y le dije: compañero,
de parte de don Antonio
de Carrero, que reside
en Córdoba, traigo un poco
de recado á una señora,
y allá me dijeron: como
residía en esta casa.
Al punto respondió el mozo
no se puede ver ni hablarla.
Yo le dije: importa poco,
no necesito de verla,
ni hablarla tampoco: sólo
diga usted á esa señora,
que si mañana á las ocho
no ha escrito carta, no puedo
llevarla que me es forzoso
el partir yo á esa hora:
respondió lo diré pronto.
Tomó el cofre y lo entró dentro:
yo me despedí gustoso,
y pasé toda la noche
revolviendo promontorios
de pensamientos, y el día
vino con rojos asomos.
Llegué al postigo tocando,
con pasos muy presurosos
salió Rosaura y con ella
salen otras seis ú ocho.
Pasmada quedó de verme:
salióle el color al rostro,
y me dijo: caballero,
¿sois de Córdoba? Y respondo:
no, señora, pero soy
cerca de sus contornos,

y asisto para serviros
en el arroyo del Oso.
Dijo Rosaura: ya he visto
este sitio montuoso.
Pues dígale usted á mi padre
que no sea perezoso
en ejecutar lo escrito.
Y con disimulo airoso
me dió Rosaura una carta,
que decía de este modo:
«Aunque en nombre de mi padre
»me escribes con tal rebozo
»el guante y la cinta dicen
»que eres mi querido esposo.
»Supuesto que me has buscado
»tan atento é ingenioso,
»has de saber dulce dueño
»que mi tío cauteloso,
»me ha tratado casamiento
»con un caballero mozo
»de aquí de Madrid, más tú
»has de ser mi amado esposo.
»Para esta noche á las doce
»dueño mío vendrás solo,
»y en una reja que tiene
»dos palmas, estarás pronto
»en hacer alguna seña,
»que ese es mi retiro propio,
»y una cuerda de diez varas
»has de traer que es forzoso,
»bajar desde la azotea,
»y aunque el paso es peligroso
»atropellaré peligros,
»porque tu seas mi esposo.»
No dijo más, con esto
quedé señores tan loco,
que llegué casi á dudar
fuera mío tanto gozo.
Previne pues mi partida.
y la maleta dispongo,
de la posada me salgo,
y acompañándome un mozo,
discurrí por los paseos
por no parecer ocioso,
y dando el reloj las doce,
al sitio fuí presuroso.
Llegué al postigo y tocando
con presteza y alborozo
asomó ella y me dijo:
amante y querido esposo,
recibe esta ropa y dame
la cuerda y se la dí pronto.
Aseguróla, y bajando
con un denuedo animoso,
yo la recibí en mis brazos,
y de allí marchamos pronto.
Al otro siguiente día
diligente y cuidadoso,
hallé un coche que pasaba
á Córdoba de retorno,
donde iba un caballero
y una señora gozosos
de haber un pleito ganado.
Nos recibieron gustosos
y refiriéndoles luego,
Rosaura el suceso todo,
á su casa nos llevaron,
y quiso pasar el propio
á darle cuenta á el Obispo;
y como padre amoroso
mandó que nos desposaran,
y fué ejecutado pronto.
Compusiéronse las partes,
quedando todos gustosos.

FIN

Imps. de Luís Raynaud, Sucesor de Vda. de A. Llorens, Calle Hospital, 19 - *El Abanico* - Barcelona

COL·LECCIÓ
Manuel Blasco